

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Hans el Torpe o Jack el Lerdo

A lo lejos, en el interior del país, había una antigua mansión de la baronía, y en ella vivía su anciano propietario, que tenía dos hijos, dos jóvenes que se consideraban extremadamente inteligentes. Querían ir a cortejar a la hija del rey; porque la doncella en cuestión había anunciado públicamente que elegiría por marido al joven que mejor pudiera adornar sus palabras.

Así que estos dos genios se prepararon una semana completa para el cortejo; este fue el tiempo más largo que se les pudo conceder; pero fue suficiente, porque habían tenido mucha información preliminar, y todos saben lo útil que es eso. Uno de ellos se sabía de memoria todo el diccionario de latín y, además, tres años completos del periódico de la pequeña ciudad; tan bien, en verdad, que podía repetirlo todo hacia atrás o hacia adelante, como quisiera. El otro era muy leído en las leyes de sociedades, y sabía de memoria lo que toda sociedad debe saber; y en consecuencia pensó que podía hablar de asuntos de estado, y puso su palo en la rueda en el consejo. Y sabía una cosa más: sabía bordar tirantes con rosas y otras flores, y con arabescos, porque era un muchacho de buen gusto y dedos ligeros. —¡Ganaré a la princesa! —gritaron los dos.

Por lo tanto, su anciano padre dio a cada uno de ellos un hermoso caballo. El joven que sabía de memoria el diccionario y el periódico tenía un caballo negro, y el

que sabía todo acerca de las leyes de las corporaciones recibió un corcel blanco como la leche. Luego se frotaban las comisuras de los labios con aceite de pescado, para volverlos muy suaves y locuaces. Todos los sirvientes salieron al patio y miraron mientras montaban sus caballos; y por casualidad apareció el tercer hijo. Porque el propietario tenía en realidad tres hijos, aunque nadie contaba al tercero con sus hermanos, porque no era tan ilustrado como ellos, y de hecho se lo conocía generalmente como "Jack el Lerdo".

—¡Hola! —dijo Jack el Lerdo— ¿adónde van? ¡En verdad que se han puesto su ropa de domingo!

—Vamos a la corte del Rey, como pretendientes a la hija del Rey. ¿No has escuchado el anuncio que se ha hecho por todo el país? —dijeron, y le contaron todo.

—¡Madre mía! ¡Yo también iré! —gritó Jack el Lerdo; y sus dos hermanos se rieron de él y se fueron.

—Padre querido —dijo Jack— debo tener un caballo también. ¡Me siento tan desesperadamente inclinado a casarme! Si ella me acepta, me acepta; y si no quiere tenerme, yo la tendré a ella; ¡pero ella debe ser mía!

—No digas tonterías —respondió el anciano—. No recibirás ningún caballo de mí. No sabes cómo hablar, no puedes arreglar tus palabras. Tus hermanos son tipos muy diferentes a ti.

—Bueno —dijo Jack el Lerdo— si no puedo tener un caballo, me quedo con el macho cabrío, que me pertenece, ¡y me puede llevar muy bien!"

Y así, dicho y hecho. Montó en el macho cabrío, apretó los talones contra los costados y galopó calle abajo como un huracán.

—¡Ey, guau! ¡Eso fue un paseo! ¡Aquí voy! —gritó Jack el Lerdo, y cantó hasta que su voz resonó por todas partes.

Pero sus hermanos cabalgaban lentamente delante de él. No dijeron una palabra, porque estaban pensando en los hermosos discursos improvisados que tendrían que pronunciar, y que tenían que estar hábilmente preparados de antemano.

—¡Hola! —gritó Jack el Lerdo—. ¡Aquí estoy! Mira lo que he encontrado en el camino real.

Y les mostró lo que era, y era un cuervo muerto.

—¡Zoquete! —exclamaron los hermanos— ¿Qué vas a hacer con eso?"

—¿Con el cuervo? Pues, se lo voy a dar a la Princesa.

—Sí, hazlo —dijeron ellos; y se rieron, y cabalgaron.

—¡Hola, aquí estoy de nuevo! Solo mira lo que he encontrado ahora: ¡no encuentras eso en la carretera todos los días!

Y los hermanos se dieron vuelta para ver qué podía haber encontrado ahora.

—¡Zoquete! —gritaron— eso es sólo un viejo zapato de madera, y encima le falta la parte superior, ¿también le vas a dar eso a la Princesa?"

—Ciertamente lo haré —respondió Jack el Lerdo; y de nuevo los hermanos se rieron y siguieron cabalgando, y así se adelantaron.

—¡Hola, salta rara! —y ahí estaba otra vez Jack el Lerdo—. Cada vez mejor —gritó—. ¡Hurra! Es bastante extraordinario.

—¿Por qué? ¿Qué has encontrado esta vez? — preguntaron los hermanos.

—Oh —dijo Jack el Lerdo— casi no puedo decírtelo. ¡Qué contenta estará la princesa!

—¡Bah! —dijeron los hermanos—. Eso no es más que arcilla de la cuneta.

—Sí, ciertamente lo es —dijo Jack el Lerdo—, y arcilla de la más fina. Mira, está tan húmeda que se te escurre entre los dedos. —Y se llenó el bolsillo con la arcilla.

Pero sus hermanos siguieron galopando hasta que saltaron chispas y, en consecuencia, llegaron a la puerta de la ciudad una hora antes que Jack. Ahora bien, en la puerta se proporcionó a cada pretendiente un número, y todos fueron colocados en filas inmediatamente después de su llegada, seis en cada fila, y tan apretados que no podían mover los brazos; y ese fue un arreglo prudente, porque ciertamente habrían llegado a las manos, si hubieran podido, simplemente porque uno de ellos estaba frente al otro.

Todos los habitantes de los alrededores de la comarca se aglomeraron alrededor del castillo, casi bajo las mismas ventanas, para ver a la princesa recibir a los pretendientes; y cuando cada uno entraba en el salón, su capacidad de hablar parecía abandonarlo, como la luz de una vela que se apaga. Entonces la princesa decía: —¡No sirve para nada! ¡Echadlo fuera del salón!

Por fin le llegó el turno a aquel hermano que se sabía el diccionario de memoria; pero ahora no lo sabía; lo había olvidado por completo; y las tablas parecían resonar con sus pasos, y el techo de la sala estaba hecho de espejo, de modo que se vio de pie sobre su cabeza; y en la ventana había tres dependientes y un secretario principal, y cada uno de ellos estaba escribiendo cada palabra que se pronunciaba, para que se imprimiera en los periódicos y se vendiera por un centavo en las esquinas de las calles. Fue una prueba terrible y, además, habían hecho tal fuego en la estufa que la habitación parecía estar al rojo vivo.

—¡Hace un calor espantoso aquí! —observó el primer hermano.

—Sí —respondió la princesa— mi padre va a asar pollos hoy.

—¡Beeee! —dijo él, como si fuera un cordero. No estaba preparado para un discurso de este tipo y no tenía nada que decir, aunque pretendía decir algo ingenioso—.

¡Beeee!

—¡No sirve para nada! —dijo la princesa—. ¡Fuera con él! Y se vio obligado a irse. Y entró el segundo hermano.

—¡Hace un calor terrible aquí! —observó.

—Sí, estamos asando pollos hoy —respondió la princesa.

—¿Qué... que os gustaría... os gustaría ob... —

tartamudeó, y todos los dependientes escribieron: "os gustaría ob..."

—¡No sirve para nada! —dijo la princesa—. ¡Fuera con él! Ahora llegó el turno de Jack el Lerdo. Entró en el salón montado en su cabra.

—Bueno, aquí hace un calor abominable.

—Sí, porque estoy asando pollos —
respondió la princesa.

—¡Ah, eso es suerte! —exclamó Jack
el Lerdo— supongo que me dejarás
asar mi cuervo al mismo tiempo.

—Con el mayor placer —dijo la
princesa—. Pero ¿tienes algo en lo
que puedas asarlo? Porque no tengo
ni olla ni sartén.

—¡Ciertamente lo tengo! —dijo Jack—.
Aquí hay un utensilio de cocina con
mango de hojalata.

Y sacó el viejo zapato de madera, y puso el cuervo en
él.

—¡Bueno, ese es un plato magnífico! —dijo la princesa—.
Pero, ¿qué haremos de salsa?

—Oh, tengo eso en mi bolsillo —dijo Jack—. Tengo tanto
que puedo darme el lujo de tirar algo" y echó un poco
de arcilla de su bolsillo.

—¡Me gusta eso! —dijo la princesa—. Puedes dar una
respuesta, y tienes algo que decir por ti mismo, por lo
que serás mi esposo. Pero, ¿sabes que cada palabra que
decimos está siendo anotada y será publicada en el
periódico mañana? Mira allá, y verás en cada ventana
tres dependientes y un secretario principal; y el viejo
secretario principales el peor de todos, porque no puede
entender nada.



Pero ella solo lo dijo para asustar a Jack el Lerdo; y los dependientes emitieron un gran cacareo de alegría, y cada uno de ellos derramó tinta de su pluma en el suelo.

—Oh, esos son los caballeros, ¿verdad? —dijo Jack—; entonces daré lo mejor que tengo al secretario principal. Y se revisó los bolsillos y arrojó la arcilla mojada de lleno en la cara del secretario principal.

—Eso fue hecho con gran habilidad—observó la princesa—. Yo no podría haber hecho eso, pero lo aprenderé con el tiempo.

Y, en consecuencia, Jack el Lerdo fue hecho rey, recibió una corona y una esposa, y se sentó en un trono. Y este informe lo hemos obtenido de la prensa del secretario principal y de la corporación de impresores, pero no se puede depender de ellos en lo más mínimo.